

LA FE

(Con motivo del onomástico del Rector)

Ilustrísimos señores; señores ministros y consilia-
rios; señoras y señores:

Ninguna de las virtudes cristianas subyuga mi voluntad y emociona mi ánimo tan intensamente como la fe. Ella es, a mi entender, la más hermosa de las fuerzas que pueden radicarse en el alma, la más clara de las conquistas del espíritu y la más encumbrada empresa de un varón; y es que la fe, fundamento único estable de todo grande empeño, aun en lo humano, es y ha sido siempre el supremo motor de todas las epopeyas del hombre.

No hay tal vez en la vida maravillosa de Bolívar, el genial colombiano de la Gran Colombia, ningún arranque tan extraordinario y sublime como aquel suyo en Pativilca que todos conocéis, cuando sus generales—abatidos y maltrechos, agotadas las energías y perdida toda esperanza después de una serie de calamidades que parecían irremediables—le preguntan: y qué haremos ahora? y el Libertador en un gesto prodigioso que reclama para él toda la gloria, les responde: *Triunfar*.

Y si es admirable esta fe humana, egida y guía de Cristóbal Colón y Francisco de Miranda, del Gran Capitán, de Aníbal Barca y del Rey Sol, qué decir de la fe en el orden eterno y sobrenatural?

Recordad aquel momento único en la vida del primero de los papas por la grandeza y por el número, cuando Jesucristo el Maestro divino, interroga a sus discípulos—después de que ellos le cuentan los rumores que corrían por Galilea acerca de su origen—: Vosotros quién creéis que soy? Todos vacilan. Tú eres el Cristo, hijo de Dios vivo, le responde Pedro.

Y desde aquel momento el pescador es el jefe de los apóstoles, el paladín egregio de la causa del Mesías, el ungido por el Señor para capitán de su Iglesia y propagador de su doctrina.

Por eso, señores, ninguno de los brillantes caracteres con que destaca su grande personalidad Monseñor Carrasquilla, me atrae tan completamente como su fe, absoluta, definitiva e irrevocable. Esa fe en el Padre Supremo, en la Patria y en la raza, que hace de él un príncipe de la Iglesia católica y un ejemplar vigoroso y fecundo de la raza española y de la Patria colombiana.

Por eso no encuentro un espectáculo más hermoso que el de este eximio doctor en teología y filósofo eminente, ilustre señor de las ciencias y las letras, que después de recorrer oscuros e intrincados estudios, de embargarse en toda clase de especulaciones, de consultar a los grandes maestros del género humano asimilándose profundamente sus teorías y sus ideas, conserva en el corazón, por toda la vida y a través de todas las cosas, vivificadora y resplandeciente como piedra rara y magnífica, la fe diáfana y purísima del rudo y sencillo pescador.

Por eso Monseñor Carrasquilla ama a la Patria y cree y espera en ella de una manera tan fervorosa, tan precisa y tan firme, que ese inmenso amor, esa invencible fe y esa inquebrantable esperanza han puesto en sus labios, cálidas y encendidas, aquellas oraciones admirables que estremecidos de entusiasmo patriótico recogimos en el alma, y que no se olvidarán jamás mientras Colombia—la tierra de Nariño y de Ortega, cuyas glorias por derecho de sangre hereda nuestro Rector,—sea lo que ha sido siempre, a través de su historia sangrienta y heroica.

Por eso Monseñor Carrasquilla con nobilísima solícitud y con abnegación singular, consagra generosamente sus años a formar en este Claustro glorioso—que renació con clarísimos esplendores bajo su mano, que él ama y venera con toda su alma y cuyas tradiciones inmaculadas conserva y renueva—varones dignos de la madre España y de la Patria. En la realización de su obra de maestro, Monseñor se ha anticipado al gran pensamiento de Ricardo León: «Educación que no se funde en los cimientos seculares de la raza, es puente sin estribos, árbol sin raíces, alma sin cuerpo.»

Aquí en esta nación afortunada, donde parece estar en todos los labios el dominio de la palabra y donde las generaciones que nos han precedido escucharon al Ilustrísimo señor Caycedo y Flórez, al canónigo Rosillo y al arzobispo Mosquera, a don Manuel Fernández Savedra, a don Teódulo Vargas y a don Federico Aguilar, Monseñor Carrasquilla no ha sido jamás superado como orador religioso. La austera y grave serenidad del continente, el ademán majestuoso y preciso, la voz—que se insinúa suavemente, que responde de modo admirable a la diversidad de los pensamientos, fuerte y clara sin ser metálica, persuasiva y varia—realzan y magnifican su oratoria emocionada y luminosa que une a la sabiduría y a la novedad de las ideas el estilo más vigoroso y definido y la más perfecta armonía de las palabras, armonía de sencillez impecable que cautiva y subyuga. Pero más que todo eso, más que sus momentos de exaltación o de entusiasmo, cuando el orador arrebatándose a sí mismo hace de su elocuencia poderosa y espléndida un verdadero huracán, más que su argumentación firme y definitiva, que su conocimiento de la teología y de la lengua, que la concisión, la nitidez y la energía de su doctrina, resplandece en sus oraciones la fe, cualidad la más excelsa y preclara.

Es ella la que da a todas las obras de su espíritu ese raro prestigio y esa extraordinaria fuerza de convicción, la que al inundar su alma y al conmover su pensamiento, al dirigir y gobernar todos los resortes de su sér, fluye fecunda y purísima de sus labios, vivifica sus palabras, eleva y hace vibrar a quien le escucha. «El fin de la oratoria, escribe Gómez Restrepo, es mover la voluntad de los oyentes a determinado fin; mas como la voluntad siga siempre, según enseñan los filósofos, el último juicio práctico del entendimiento, es forzoso convencer y persuadir para mover. Con tal fin se requiere que el orador esté profundamente convencido de la doctrina que inculca.»

En la cátedra, Monseñor será siempre irremplazable por la clara fluidez y amenidad de sus explicaciones, por la pasmosa facilidad con que responde a toda réplica, por su completo dominio de la ciencia que enseña, por la ironía de sabor delicioso que en ciertos casos emplea, por las ideas, los sentimientos y las tendencias que en todo momento trata de desarrollar en sus discípulos. Nadie sabe como él reunir a la severa gravedad, la afectuosa y amable gentileza, la benévola solicitud a la disciplina rigurosa; una conferencia de Monseñor es una hora de solaz. Sin embargo nunca su palabra es tan vigorosa y tan lúcida como al hablar del dogma. Sus pláticas de la tarde en la capilla del Colegio son inolvidables; es allí donde logra convencer de manera más absoluta; es allí donde su propia emoción y su propia fe, de manera perfecta cristalizadas y traducidas, se apoderan irresistiblemente del ánimo, penetran y se deslizan adentro, iluminan y emocionan.

Ha dicho don José María de Pereda, y ha dicho bien, yo lo creo, que la verdadera perfección en el trato de las gentes está en no pretender los sabios y los grandes, que los pequeños y los ignorantes alcancen su

nivel espiritual, y en saber descender lo necesario para colocarse en armonía con el estado de cultura de cada individuo. Monseñor Carrasquilla realiza con acierto y penetración que sorprenden, esa rara virtud; por eso quien llegue hasta su intimidad, cualquiera que sea su posición y su talento, ha de sentirse poderosamente atraído por esa delicadeza exquisita que sabe amoldarse a todo y a todos, y que tiene para cada cual la frase oportuna, la conversación agradable y el asunto del caso; de ahí que ante este insigne maestro, benévolo y magnánimo como toda alma fuerte, nadie se encuentre ni deprimido ni cortado.

Juzgando Marroquín a don Ricardo Carrasquilla, consigna sobre él estos conceptos: «Podría haber quien creyera observar contraste entre su fervor religioso y su desenfado de hombre de mundo. No había tal contraste. Lo que en él podría parecer desenvoltura era resultado, más que de su carácter, de la facilidad con que andaba por el camino derecho. Para los que viven cayendo y levantando no hay medio: o el ascetismo o la disolución. Carrasquilla no necesitó entregarse a los rigores del ascetismo para evitar el pecado mortal. Los que para otros habrían sido peligros y tentaciones, para él no lo eran.» Y en los mismos apuntamientos sobre don Ricardo, algunos párrafos atrás, afirma: «Su fe era tan maciza como la del carbonero más rudo, como la del apologista más ilustrado.» El hijo del grande hombre, cuyo elogio hicieron ya Manuel Pombo y Santiago Pérez, José Joaquín Ortiz, José María Samper y Marcelino Meléndez y Pelayo, y de doña Emilia Ortega—nombre venerable y saeratisimo que temo profanar con sólo pronunciarlo—ejemplar de mujeres, modelo de madres, fuerte y austera, misericordiosa y enérgica, ha sido lo que es Monseñor Rafael María Carrasquilla: yo lo despojo de su prestigio sagrado y de sus dignidades en el

orden sobrenatural, prescindo de sus obras filosóficas, olvido que es el mayor de nuestros oradores católicos, dejo a un lado al académico y al sabio que fecunda la historia de la Patria y renueva la lengua de Jorge Manrique, no recuerdo que ha sido durante seis lustros el más feliz de los Rectores de este claustro magnífico, y sólo quiero pensar en su vida interior, en su vida privada, repitiendo aquí lo que alguna vez en un día como éste dije de él: tiene de la virtud el concepto que emana del ejemplo de Cristo; la virtud activa que no teme al mundo porque está segura de su valor y de su fuerza; no se oculta, no se encierra en su torre; vive en medio de la sociedad; se roza incesantemente con ella; cumple con todos los deberes de un gran caballero, y allí, en el mundo, pasa la figura austera y noble de Monseñor, como un lábaro de virtud inmaculada, delante del cual todos forzosamente rinden el tributo de su respecto y de su admiración.

En ocasión solemnísimas, cuando al morir don Rufino José Cuervo, la Academia colombiana celebró una junta extraordinaria para honrar su memoria, Monseñor Carrasquilla después de haber hecho el elogio más rotundo y más bello de aquel meritísimo sabio, orgullo del habla castellana, dijo al terminar su alocución una frase que yo quiero aplicar ahora al director de esta nuestra amadísima casa, hogar siempre generoso, amparo espiritual, «genitora fecunda de grandes corazones y de grandes cerebros»: «Más que de su clarísimo talento, de su erudición portentosa, soy admirador de sus virtudes cristianas, de sus prendas de caballero, de sus condiciones de patriota.»

Es, a mi ver, un imperativo categórico de la razón el hecho de saber admirar con absoluta sinceridad y sin ninguna clase de reticencias, el mérito, el valer y la virtud ajenos; el hecho de tener siempre abierto el

espíritu para juzgar honradamente, de acuerdo con lo que se siente y se piensa, a todos aquellos que por su situación especial son el objeto de la crítica común. Hablo de la admiración reflexiva y serena a la cual se llega después de analizar detenidamente una personalidad, estudiando su obra y contemplando su vida.

Uno de los más hermosos deberes del hombre es el de amar y respetar a sus maestros; pero yo no entiendo de amor, de respeto o de admiración que no se manifiesten y se expresen por tendencia irresistible del ánimo.

He vivido durante largo tiempo muy cerca de Monseñor Carrasquilla; he sido su discípulo; he podido darme cuenta por conocimiento personal de la rectitud inmaculada de su modo de obrar y de la magnitud de su labor; sabe él con sabia amplitud de criterio guiar y dirigir; por convencimiento íntimo he llegado a admirarle; de un espontáneo movimiento de la voluntad ha nacido mi adhesión hacia él.

Recogido dentro de mí mismo al escribir estas palabras, ellas son la expresión ingenua de mi cordialidad. Si con el alma no pudiera decirme a solas y en el silencio que son sinceras por modo perfecto, nunca me hubiera atrevido a pronunciarlas. Nadie habría podido hablar con mayor entusiasmo, de manera más franca, con más buena fe. No acierto sin embargo a traducir toda mi devoción, intensa y fervorosa.

Ya el poeta máximo de América cantó a nuestro conductor. En esta hora de efusiones del corazón y de colectivo regocijo, yo no hallo para ofrecerle ningún homenaje mejor que repetir las estrofas de Valencia el **eximio**:

Y por la interminable gradería
en espiral, a pasos de gigante,
te alzas a la inefable teología,

Y ante su rostro, de beldad radiante,
treme de amor tu doctoral grandeza
bajo la toga que cifra el Dante.

Desciendes con olímpica presteza,
y sobre el ampo de inmortal papiro
dejas la cifra audaz de tu realeza.

Tu ánfora sabe remozar el giro
embriagador; suscita los instantes
soberbios del solar de don Ramiro,

Y, castizo tropel de mil andantes
caballeros tus prosas de gorguera
evocan a los Luises y Cervantes.

En tu castillo espiritual, do impera
la noble savia de vigor latino,
cifra su lustre la pagana éra,

Aunque a la cruz del Redentor divino
te acerques y con mano reverenté
le deshojes el haz capitolino.

Bogotá, octubre de 1921.

CARLOS LOZANO Y LOZANO
(Colegial de número).

